

¿Qué modelo?

Pablo Orlandi
Director del CEDEX

Hace unos días tuve el placer de repasar algunos ensayos sobre comercio internacional escritos por Paul Krugman en su respuesta a las modas intelectuales de la “época dorada” de la globalización y los negocios de Internet, en plena administración Clinton. Una creencia común, que tomó auge en esa época, es la de considerar razonable la analogía entre un país y una empresa, en términos de su *competitividad*. La creencia adoptada por muchos gobiernos centrales, las grandes empresas y por los *gurues* de la nueva economía y los negocios internacionales, es que los países se ven envueltos en una competencia feroz por el control de los mercados internacionales. Es decir, la economía mundial está inmersa en un juego de suma cero, donde se espera que las economías *verdaderamente competitivas* mantengan balanzas comerciales superavitarias, mientras los menos “competitivos” verán reflejados profundos déficit en sus cuentas nacionales. Ante esta hipótesis, toma fuerza la anterior definición de *competitividad* para las economías nacionales, en términos equivalentes a la capacidad de una empresa de vender más que sus competidores.

¿Es esta hipótesis válida para entender el funcionamiento del comercio internacional? Por ejemplo, durante los 80, México se vio forzado a mantener grandes superávits para pagar los intereses de su deuda externa, ya que le resultaba imposible conseguir fondos de parte de los inversores internacionales. Paradójicamente, a partir de los 90, México comenzó a mostrar un gran déficit comercial, a medida que los inversores extranjeros recuperaron la confianza y comenzaron a invertir nuevos fondos en el país. Entonces, alguien podría describir a México como una economía muy competitiva durante los 80, y describiría lo que pasó a partir de los 90 como una pérdida de competitividad. La idea de que la fortuna económica de un país está determinada principalmente por su éxito en los mercados internacionales es una hipótesis, no una verdad necesaria.

A partir de lo dicho, algunos pensadores preocupados por el tema han tratado de definir a la competitividad como una combinación de buenos resultados comerciales y algo más. Por ejemplo, Laura Tyson, presidenta del Council of Economic Advisors, define a la competitividad como la capacidad de producir

bienes y servicios que cumplen con los requisitos de la competencia internacional, mientras que los ciudadanos disfrutan de un nivel de vida a la vez creciente y sostenible. Sin embargo, la teoría económica de los últimos 200 años nos enseña que el nivel de vida de un país es función de la tasa de crecimiento de la productividad interior, no de la relativa a sus competidores en el mercado internacional. Aunque el comercio mundial sea mayor de lo que nunca ha sido, los niveles de vida de un país están muy claramente determinados por factores domésticos antes que por algún tipo de competencia en los mercados mundiales. Además, los países no compiten de la misma manera que las empresas. Ford y GM son rivales comerciales antagónicos, es decir, ambos van por los mismos clientes potenciales, lo que determina que el éxito de uno de ellos será a expensas del otro. Aunque el comercio internacional pueda realizarse sobre la base de la ventaja absoluta, dada la inmovilidad de los factores de la producción, el comercio puede ofrecer beneficios con base en la ventaja comparativa. De hecho, las bases para el comercio y sus beneficios se basan en la ventaja comparativa, es decir, en la razón de precios anterior al comercio, no en la ventaja absoluta.

En consecuencia, sabemos que en todos los países el comercio empuja a la producción hacia un patrón de especialización mayor que en la autarquía, es decir, los sectores se especializan, logrando mayor productividad para ingresar al comercio, lo que demuestra que los bienes de exportación varían por país, reflejando las ventajas comparativas subyacentes. Analizando el grado de concentración de las exportaciones entre varios países vemos que los países menos desarrollados tienden a tener ventajas comparativas en productos alimenticios, mientras que en los países más desarrollados hay una especialización generalizada en bienes de capital. El comercio internacional, por lo tanto, no es un juego de suma cero.

Cuando la productividad aumenta en nuestro país, el resultado esperable es un aumento de los salarios reales argentinos, y en consecuencia, del nivel de vida. Nuestro país ha basado su *modelo exportador* en políticas monetarias, apelando al mantenimiento de un tipo de cambio elevado sostenido artificialmente. En este caso, el nivel de vida que depende del poder de compra de las importaciones como de los bienes producidos en nuestro país, podría declinar, y de hecho así sucede. En términos económicos, el crecimiento interior podría estar sobrevalorado por una relación de intercambio cada vez más deteriorada. Voy a usar un ejemplo para ilustrar este concepto. Supongamos que Argentina gasta el 20% de su renta en importaciones, fijadas en dólares americanos. Entonces, si el país se ve forzado a devaluar el peso, en por ejemplo 10%, esto aumentará el precio del 20% de esas importaciones en un 10%, subiendo el índice de precios global en un 2%. Aunque no haya cambiado la producción interior, la renta real del

país habrá caído en un 2%. Si este proceso se realiza repetidamente para mantener la *competitividad* internacional, el crecimiento de la renta real estará persistentemente por detrás del crecimiento de la producción real. Es decir, el nivel de vida caerá sin tendencia a recuperarse.

Me permito entonces algunas conclusiones, y lo que considero un orden conceptual para la definición de un modelo exportador exitoso. En primer lugar, debemos desterrar el concepto de competitividad como base del plan comercial nacional. Los países no son empresas. Además, queda claro que apuntalar esta *competitividad* con políticas de devaluación solo agrava el problema interno y disminuye el nivel de vida de nuestros habitantes. En segundo lugar, debemos empezar a preocuparnos y ocuparnos de la productividad de nuestra economía., ya que ésta es la base de una mayor tasa de crecimiento de los niveles de vida. Aquí el trabajo consiste en mejorar la capacitación no solo de nuestra fuerza laboral, sino de nuestro sector empresario y profesional. Finalmente, debemos exigir a nuestros gobernantes una visión de largo plazo, en donde el foco este puesto en la mejora continua de la productividad de la economía. Para cerrar, un deseo: que este modelo exportador que nuestros gobernantes dicen defender no sea la nueva forma del *Clásico Modelo Argentino*, en donde el plan es siempre el mismo: financiar a un sector público caro e ineficiente y favorecer a los arbitristas de siempre.